

LOS CONCEPTOS DE LA RAZÓN VITAL Y SU POSIBILIDAD CRISTIANA (1)

P O R

MARINO YERRO BELMONTE

“Conviene a todo el que ame honrada, profundamente la futura España, suma claridad en este asunto de la misión que atañe al concepto.”

ORTEGA Y GASSET, 1914.

“Esperemos que España, país de la luz y la melancolía, se decida alguna vez a elevarse a conceptos metafísicos.”

XAVIER ZUBIRI, 1931.

FILOSOFÍA Y FE

Nos introducimos con esta cuestión en un área del pensamiento, en donde se origina un conjunto de alarmas mentales a cuya presencia no se da siempre la precisa justificación que quizá requieran. Con toda seguridad estas alarmas provienen de que no es un área puramente intelectual en la que irrumpimos. La fe no es un acto intelectual. La acción de creer no es de ningún modo emitida por un acto autónomo de la inteligencia. Esto último es ya cosa que ni le ocurre a las mismas ideas que sean fieles al destino humano que las concibe como tales. Muchos menos motivos existirán para que las creencias ostenten el signo de pertenecer al cuerpo aéreo de las puras teorías. Creer es una acción del hombre en la que más que la inteligencia reflexiva se pone la intimidad, la totalidad del ser que uno es. Tener fe es un estado primario que la vida humana adelanta necesariamente a todo propósito de entender algo. Comenzamos a creer en el mismo punto en que empezamos a contar con realidades que no vemos, que no tenemos presentes por medio de conceptos. Se cree en lo que no se ve. La fe es siempre ciega. Una realidad que esté sometida a una constante iluminación intelectual, consciente, puede estar siendo razonada, imaginada, deducida, asociada a otra, etc.; pero, mientras tanto, no participa de las condiciones que dan vida a una creencia. La fe no necesita entender nada propio con sentido lógico, aunque se recomiende como conveniente, y a veces como imprescindible, el entender, de la más estricta manera intelectual, todo lo que nos hace creer, es decir, aunque se razone lo más posible aquel fondo de creencia que concierna a la

(1) Sería conveniente, como introducción a este trabajo, que el lector que desee apoyarse en mayores bases consulte, del mismo autor, *El problema filosófico y los filósofos*, publicado en *Bolívar*, órgano del Ministerio de Educación Nacional de Colombia, núm. 27. Puede verse también *Vitalogía frente a fenomenología*, revista *Alcalá*, núms. 23-24.

acción misma que la hace ser creída. En realidad, lo que se cree no se entiende; más bien se sobreentiende. La fe habría que estudiarla como nuestro sobreentendimiento. Esto hace que el raciocinio sea en cierto modo algo subsidiario de la creencia. La fe no consiste en razón. De aquí el que ninguna clase de razón pueda destruir una fe. Una creencia se pierde porque es una acción humana que puede debilitarse, enfermar y hasta extinguirse. Pero no hay raciocinio capaz de poder dañar una fe que sea viva. La creencia se alimenta de misterios, que son como formas espirituales que se identifican consigo mismas en tanto cuanto no pueden ser explicadas intelectualmente, no pueden ser raciocinadas. Las razones, los razonamientos, cuando aparecen aislados en su pura abstracción, más bien surgen en los momentos en que la fe se pierde. En este estado, mientras no se forman nuevas creencias o la fe se vivifica, al hombre sólo le queda la razón para sostenerse en su descreimiento, para superar la crisis, hasta el instante en que sienta su vida recuperada por una firme creencia. Los hombres totalmente descreídos suelen ser hombres totalmente racionalistas.

Al poner la filosofía al lado de la fe se comete conscientemente una contradicción: la de pretender que una realidad que pertenece a una esfera de rango claramente especulativo tenga un campo de interacción común con otra realidad que se caracteriza, casi en exclusivo, por no disponer de una facultad de especulación racional. Es inútil que ese punto de interacción de la filosofía y la fe lo busquemos en la zona estricta de la inteligencia. Sólo existe una realidad mayor donde el hacer filosófico y la creencia forman dos esferas que andan transfundidas: la realidad de la vida humana. Es en el vivir en donde puede sorprenderse la verdadera unidad en que se constituyen la fe y la filosofía. Ambas esferas se las observa cumpliendo una misión de ser apoyo fundamental a determinadas actuaciones humanas. La filosofía apoya el sentido original de todo lo que se idea y se conoce; y la fe constituye la apoyatura de las realizaciones a que se somete todo lo que se idea y se conoce. El hacer filosófico ocupa el punto central de lo que en cualquier caso se necesita saber para realizar la vida humana; la creencia ocupa, a su vez, el centro de todo lo que no se necesita conocer o contemplar racionalmente para vivir. Estos dos puntos centrales nunca han aparecido hasta ahora superpuestos, y mayor cuidado se puso en no tomarlos tal y como aparecen fundidos en la vida. La actividad teórica de la mente ha mantenido una especial vigilancia para tenerlos a una distancia de ninguna manera reductible. Creer y filosofar son, en efecto, dos acciones esencialmente distintas. Si nos fijamos en la forma ejemplar de tener fe, que es en la de tener

fe religiosa, notamos que el hacer filosófico adopta una actitud de servidumbre con respecto a la creencia. La filosofía sirve a la fe. De esta manera se mantiene la distancia, una distancia de jerarquía espiritual. La fe se concibe como otra forma de conocimiento, pero posterior y de más alcance que el conocimiento racional. El supuesto es el de que la fe empieza en donde acaba la razón. La creencia llega a donde no llega el razonamiento. En este sentido, la filosofía se ocupa de la fe, pero no lo hace sobre la realidad humana del que cree, sobre la acción misma de creer, sino que se ocupa especialmente de los contenidos de la creencia. La filosofía se dedica, pues, a razonar en lo posible el objeto o los objetos de la fe. Se trata de dar alguna base racional a la explicación de determinados misterios religiosos a los que se brinda una actitud creyente. En más de una ocasión se ha caído en la deformidad de pretender que la fe se fundase, no ya en la confianza que debía suministrarla sus propios objetos, sino en otra cosa de racionalidad distinta. Esto traía como consecuencia que cuando se hacía problema la racionalidad, se hacía problema también la religión, lo cual es ciertamente absurdo. Hay, como dice Hessen, una certeza inmediata peculiar al conocimiento religioso (2). Esta certeza es la de la fe. A ella no se llega por ningún camino filosófico. No nos hace, en efecto, más religiosos una pura reflexión ideológica (3).

En cuanto a la acción humana de la creencia, se juzga como algo que no puede ser pensado racionalmente, por constituir una realidad entrañada a las condiciones caprichosas de la vida. Estas condiciones hacen que las acciones del hombre, incluyendo la acción de creer, sólo puedan ser objeto de la ética. Se dictamina que la vida humana sólo puede ser racional sometida a un reglamento de conducta moral. La vida obedecerá al capricho en tanto que una razón ética no le imponga las normas de una conducta individual. El hombre sólo puede hacer de su vida algo racional a base de moralidad. La razón se opone a la vida, y ésta tiene que ver con aquélla en la medida en que se someta a su imperio normativo. Razón y vida han sido una oposición continua en la historia de la filosofía. Sólo en casos excepcionales se ha entrevisto parcialmente su esencial conexión. La filosofía no se había hecho cargo de la vida humana como cuestión de estricto hacer filosófico. Se pensaba en las cosas naturales y en las ideas como únicas realidades sujetas a una comprensión racional. Así que la fe era, para la filosofía sobre todo, "las cosas de la fe".

Pero actualmente estamos asistiendo a una etapa histórica en la

(2) *Teoría del conocimiento*, Johanne Hessen. Revista de Occidente, Madrid, 1932, pág. 218.

(3) *Idem*, pp. 218, 221.

que vemos a la vida humana erigirse en primordial objeto de la filosofía y con capacidad de transformar los más esenciales aspectos ontológicos. Alarmarse por este suceso declara una torpeza mental supina. En cambio, intentar ignorarlo ya es cuestión mucho más grave y que pone a la mente sobre una decisión de enorme responsabilidad. Pero lo que menos puede alarmar y lo que menos puede ignorarse y lo que constituye el paso decisivo y capital de la filosofía en nuestro tiempo, no es el solo suceso de aparecer la vida como objetivo fundamental del pensamiento, sino el haberse dado con la certeza de que la vida humana misma es razón, tiene una estructura sistemática y racional, que, además, *por ser una estructura dinámica, enseña a avanzar racionalmente al pensamiento con un nuevo y radical sentido*. La vida humana no es caprichosa, ni opuesta a la razón, sino que ella misma es razonamiento, razón viviente. En verdad que el hecho solitario y exclusivo de la existencia humana, como un objeto más de la inteligencia —por mucha importancia que tenga el objeto, y la tiene—, sólo trae confusión y angustia, y produce una flúida ósmosis de claridades y tinieblas, con desviaciones perniciosas. Sin embargo, el descubrimiento que se ha hecho, precisamente en España, formulado en forma estricta desde la ya lejana fecha de 1923 (4), en la que la vida humana se presenta *como la misma razón que da que pensar a todas las demás realidades*, establece un punto de arranque perfectamente claro y definitivo. No es sólo un nuevo objetivo filosófico que trae variantes ontológicas a la cuestión del ser, sino un nuevo método de pensar, una manera nueva y sistemática de conducir las ideas, *sin el cual método será imposible pensar con efectividad en las realidades esas nuevas regiones ontológicas*.

Así que el descubrimiento filosófico de la vida humana, en su aspecto más interesante como método de pensamiento, va a tener para nuestra meditación dos primeras consecuencias:

a) Que la fe no es “otra” forma de conocimiento opuesta a la razón y superadora de las limitaciones de ésta, sino que representa siempre una fase del total proceso del conocer. Por tanto, ni siquiera en lo que se refiere a su forma ejemplar de fe religiosa, hay que concebirla “más allá” de la razón; en todo caso, había que situarla “más acá”, como fundamento original del razonamiento. De este modo, la fe misma empieza a ser razón en el sentido de abrir la posibilidad misma del razonar.

b) Que la racionalidad de la acción humana en el creer no proviene en exclusivo de la conducta moral que se imponga, o sea que la reali-

(4) Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, O. c., t. III, p. 142.